

**José Carlos AGÜERO.** *Los rendidos. Sobre el don de perdonar.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos. 160 pp. ISBN: 978-9972-51-497-5.

La literatura existente sobre la política de la memoria es muy abundante y en los últimos años ha ido diversificando su alcance en lo atinente a su contenido y al enfoque metodológico de su manera de aproximarse a los dramáticos sucesos que están en su origen. Articulada en buena medida en los informes que han ido deparando las distintas comisiones de la verdad ha ido avanzando por vericuetos en los que las voces de los distintos actores constituyen una polifonía cada vez más variopinta. Víctimas y victimarios, testigos del entorno familiar o social, observadores supuestamente neutrales, montones de frías estadísticas configuran un rico acervo para el investigador. También rosarios de teorías explicativas, derivadas del estudio comparado, o simplemente de la evolución de la dinámica histórica nacional. Relatos de arrepentidos confrontados con declaraciones ante un tribunal que quedan registradas en un sumario, relectura tiempo después del acontecer violento, reescritura del pasado, reinterpretación de lo sucedido gracias a nuevas evidencias. Al final, o quizá solo como un paso intermedio más, quedan sentencias judiciales, recurridas y confirmadas, políticas públicas de reparación, de pedagogía, la comunidad organizada a través del Estado interviniendo, dando publicidad, sancionando, resarcido, premiando. La subjetividad aparece finalmente exorcizada y aparentemente superada.

Sin embargo, las cosas no siempre son tan sencillas. La vida pareciera cuestionar siempre lo que hacen los seres humanos queriendo poner el punto final a cuestiones complejas. En este libro, el autor, hijo de senderistas asesinados cuando él era un adolescente, opta por la escritura de textos de no ficción, simples, «para no enrarecer más el entreverado campo de la memoria». No hay datos, ni una casuística minuciosa, apenas un puñado de momentos. No busca representar a nadie y solo procura ser honesto como si escribiera solo para él con una voz que trasciende el diario engavetado. Pretendo, dice, «reflexionar sobre algo tan elusivo como la subjetividad de las cosas públicas».

Agüero quiere dar respuesta a numerosas cuestiones, intentando superar una y otra vez el paradigma de los derechos humanos, cuyo encorsetamiento conduce casi siempre a un callejón sin salida. Vivir con la culpa auestas, con la pena. Plantear la necesidad de la compasión, sin que ello suponga renunciar a la justicia. Singularizar al senderista. Desear entender, ponerse en la piel del otro. Asumir el papel de víctima para alcanzar un estatus mínimo al que no se llegaría de otra manera. Las páginas van desgranando argumentos que son complejos y que a veces no dejan de lado cierto carácter circular. El círculo de miseria en el que él y su familia viven en la periferia de Lima tiene un protagonismo feroz, un espacio abyecto del que parece no haber salida y en el que Sendero Luminoso se presenta como la única iglesia que da respuesta a un precio muy alto. El reclutamiento ahí parece tener sentido alejándose de la casuística de otros casos similares en el Cono Sur más centrados en la clase media.

Procesos de victimización que se convierten a veces en «una estrategia política para acceder a la justicia y otros bienes escasos» porque en países como los latinoamericanos en los que «cuesta tanto tener un estatus de lo que sea, tener el de víctima –que es un

trofeo, un honor, una dignidad— puede ser ya algo, puede ser un paso hacia el de ciudadano». Por ello hay cierto recelo a la micropolítica de la justicia transicional y a la tecnificación de la misma, a su estéril racionalidad por el demasiado orgullo de su propio valor, a los expertos de ONG y de universidades que terminan envileciendo la pulcritud de la tecnología de esa justicia, aunque se comparta. Cuando Agüero se pregunta si puede morir dignamente un terrorista, si puede morir preocupándose por sus compañeros heridos, cuando reconoce que su madre, a la que sabía no inocente, no podía dejar la organización que indefectiblemente la iba a llevar a la muerte, ¿podía sentir alivio por su muerte y luego culpa por sentir ese alivio? ¿Podía sentir compasión?

El autor se acoge a la sombra tutelar del liderazgo intelectual de Carlos Iván Degregori como la figura inspiradora del análisis, el tutor del más mínimo paso que ilumina a Agüero en su tarea de activismo en el Grupo Memoria. La guía de la andadura que hay que hacer, no solo para recuperar la memoria dando luz al olvido, también para reconocer que si bien los hijos no pueden heredar la culpa de los padres porque no es justo al final si la heredan, ya que además han sido educados sin entonces construir una identidad de víctimas, para no expresar sentimiento alguno.

Agüero recuerda también a los mandarines universitarios. Profesores que desde su tribuna, gracias a su erudición y a su vibrante compromiso revolucionario, «sensibilizaron a los estudiantes o discípulos y los alentaron hacia una radicalización terrible. Estudiantes que luego entraron en Sendero y murieron o fueron desaparecidos o se quedaron en sus vidas de provocadores, radicales de la palabra». Individuos que hoy siguen teniendo una presencia pública, pero que nunca entonaron *mea culpa* alguno. Siniestros fantasmas del pasado que jugaron con jóvenes espíritus sensibles y rebeldes a los que colocaron al borde de una decisión extrema que muchos tomaron.

Pareciera que después de Primo Levi no podría escribirse nada nuevo porque se usan palabras que al final son como trampas, pero sí, y es posible porque los contextos añaden nuevos elementos a la maldad humana, contribuyendo a darles un significado distinto. La posibilidad de que el testigo hable es bien cierta, pero el lenguaje parece decir algo aunque solo es un disfraz de la confusión. El reconocimiento de la existencia del miedo, pero sustancialmente no el miedo sentido por el propio narrador, sino el miedo por los demás. En fin, la convicción de que el uso y el abuso de la memoria, es finalmente algo que no tiene una frontera, sino quizá, momentos y necesidades.

Manuel ALCÁNTARA SÁEZ  
*Instituto de Iberoamérica*  
*Universidad de Salamanca*